

La muerte del señor Dato

Han pasado unos días desde la tragedia, desde el momento en que de manera alejosa se se-gó por mano criminal, enloque-cida o fanatizada, la vida de un hombre, que por serlo, merecería siempre ser respetada.

Han pasado unos días, sí; pero está aún vivo el cuadro de aquel hogar en que una esposa y unas hijas lloran la pérdida del ser querido, heridas también, acaso mortalmente, por la misma ma-no que les arrebatara el ser que-rido.

España entera se ha sentido sacudida por el tremendo golpe producido por los asesinos, que no otro nombre merecen quienes hieren a mansalva, y por eso nosotros, que, respetuosos de todos los ideales políticos, condenamos el atentado personal y maldecimos al delincuente cuando se envuelve en la capa del asesino, formulamos hoy nuestra condenación más rotunda contra el infame atentado de que fué víctima el señor Dato.

La VOZ DE CASTILLA, pues, une sus sentimientos al de los ciuda-danos honrados pues hoy levantan su corazón y le dirigen hacia aquella ilustre dama, hacia aque-llas hijas sin consuelo, para sentir con ellas; que si en su hogar los asesinos han producido un vacío imposible de llenar, en el orden social han producido otra, dejando la enorme huella de que en España la seguridad personal es un mito y el delincuente el dueño y señor del poder público.

Páginas de oro

De un templo antiguo como la huma-nidad, cimentado sobre una roca viva, levantado con primitiva arquitectura, transformado, enriquecido después con mil estilos de mil artes diversos, sin perder de su armonía en la confusión de todos ellos. Columnas de mármol, de un mármol acariciado días y días por el sol, hasta templar la fría blancu-ra, con suave patina de ámbar dorado; beso de luz solar. Agujas arrogantes de catedrales góticas, arabescos multi-colores; el arte de los hombres expresi-ón de su vida íntegra; transforman-do de continuo el Templo, como la Na-turalidad, con mayor lentitud, transfor-ma la roca cimental. Templo del Arte consagrado a la Belleza, deidad misteriosa, impenetrable en su esencia por-que en ella la forma es todo y su forma no es una sola. Venus, Psiquis, Dado-na; corporal y tangible unas veces, otras espíritu inefable, reveladora unas veces de su presencia misma; ídolo cor-póreo para el adorador de la forma; otras veces por místicos anhelos del alma fervorosa que por ella implora sin percibirla; revelada en el fondo del alma, sin pasar por los sentidos.

Flores de primavera alfombran el suelo y enguirnaldan las columnas del Templo, cuando por el atrio llega un joven, coronada de luz juvenil la frente, creyente con la fe batalladora del

mártir, no con la resignación abatida del místico.

Canto la fuerza, la vida y el trabajo humano; es elefante por abundancia de sentimiento más que de palabras. Los que salís ya del Templo desenga-ñados, los que convertisteis la religión del Arte en política social para la vida, no sonriais desdénos al neófito fer-viente, ni pretendáis que rece en vues-tro coro con fórmulas del ritual.

Dejad que su aspiración sea mayor que sus fuerzas.

Todo ideal debe ser inaccesible. Ya que no podamos volar a la altura, que al abrir nuestros brazos en aspiración de lo infinito, nuestros brazos parezcan alas. Si empequeñecemos nuestros sue-ños, ¡qué mezquina será nuestra vida! Si buscamos alrededor, muy cerca de nosotros, el Bien y la Belleza, ¡qué camino tan corto! Infelices los jóvenes (hay muchos) que al emprender la jor-nada piensan llegar al término muy pronto... —¡Quién fuera poeta como Byron!—exclaman unos y otros... otros rebajan todavía su ideal y se con-tentan (no he de nombrarle)... No; para los creyentes de la Verdad sólo la pre-sencia de Dios es digna aspiración; para los creyentes de la Belleza... no es bas-tante todavía.

JACINTO BENAVENTE

—Fijaos también en este embuste muy generalizado; en la manera como suelen hacerse los casamientos; ¿qué es más natural? La joven es núbil, hay que casarla; nada más sencillo, y a me-nos que no sea un espantajo, encontra-rá quien suspire por ella. Pues bien, no hay nada de esto y ahí es donde empie-za una nueva mentira. Antaño, cuando la joven llegaba a la edad conveniente, sus padres la casaban, dejando a un lado toda idea sentimental y sin que por eso la quisiesen meaca. Esto sucedía y sucede aún en el mundo entero, entre los chinos, los indios, los musulmanes, entre nuestro pueblo y, en resumen, entre las noventa y nueve partes de la humanidad. Una centésima parte ape-nas, nosotros, gentes corrompidas, crei-mos que eso no estaba bien y buscamos otra cosa, ¿y qué fué lo que hallamos? A las jóvenes las exponen como los gé-neros en un almacén en el que los hom-bres tienen la entrada libre para elegir a su gusto. Las muchachas esperan allí, pensando para su fuero interno y sin atreverse a decirlo en voz alta: «¡Tó-mame a mí, querido mío, a mí, y no a esa otra! ¡Mira mis hombros y todo lo demás!» Los hombres pasamos y repa-samos por delante de ellas, las miramos y remiramos, hablando de vez en cuando de los derechos de la mujer, de la libertad que deben tener, basada, a lo que se pretende, en su instrucción.

—Pero ¿hay medio de hacerlo de otra manera?—le pregunté interrumpiéndole. —¿Queréis que sean las mu-chachas las encargadas de hacer la pe-tición matrimonial?

—¿Es que acaso lo sé yo? Pero sí que es cuestión de igualdad y de que ésta sea una verdad. Se ha hablado mu-cho y malo de los casamientos y de los intermediarios, y nuestro sistema es cien veces peor. En aquel caso, los dos están en iguales condiciones y nuestro sistema es mucho peor. En aquél los de-rechos y las esperanzas son iguales; en éste la mujer es una esclava, a la que ofrecen porque no pueden ofrecerse por sí misma. Empieza entonces esa otra mentira convencional que se lla-ma «presentarse en sociedad», «diver-

tirse» y que no es, ni más ni menos, que la caza del marido. Decidles la verdad desnuda a una madre o a una hija; decidles que no tienen más que una preocupación; pescar un marido, y las haréis una gran ofensa. Y no obsta-nte, ese es su único objeto, no pueden tener otro. Y lo más tremendo en todo esto, es que se ve a muchas jóvenes in-génuas e inocentes que obran de este modo sin saber lo que hacen.

¡Si al menos esto se hiciese con ente-ra franqueza! Pero no son más que mentiras e hipocresía. —¡Ah, qué cosa más interesante es ese libro nuevo del «Origen de las especies»!—exclama la mamá. —¡Cuántos atractivos tiene la literatura! La pintura a le gusta mucho a María. ¿Pensáis ir hoy a la Exposi-ción? ¿Paseáis mucho en coche? La verdad es que admira, lo que la entu-siasma a mi Luisa la música. ¿Cómo es que no profesáis esas ideas? ¡Ah, los paseos por el agua!... Y al decir esto no la anima a todas más que un pen-samiento: «Tómame a mí; elige a mi Luisa. No, a mí, ¡prueba al menos!» ¡Oh! ¡Cuánta hipocresía! ¡Cuánto em-buste!

LEÓN TOLSTOY

Serenata romántica

Lloran los violines...
Su balada eterna
vaga entre las frondas y por los jardines
va subiéndolo al cielo, lánguida y tan tierna
como las canciones
como los gemidos
como los sentires de dos corazones
que cantan, palpitan y lloran unidos...

Terminó la fiesta.
Los enamorados
se han quedado solos. Entre la floresta
se alejan los coches de los invitados.
Ella, la que un día
fué mi bella amada
y a quien en la noche blanca y perfumada
conté mis pesares con melancolía.
Ella, aquella joven
dulce como un cántico
rezado entre labios, que amaba a Beethoven
con amor romántico.
Ella, que en los prados
cubierto de flores
y entre los verdores
de los taciturnos partes encantados
me juraba amores.
Ella, que una noche tranquila y serena
allá en las orillas del lago dormido
me dijo con pena,
rozando mi oído,
todos los anhelos de que estaba llena.
Ella me ha engañado.
Aquellas palabras tan bellas que un día
soñando en el parque nocturno decía,
¡ya las ha olvidado!
De aquellas promesas de amor que me
(hiciera
ya nada subsiste:
fueron cual las hojas del otoño triste
que arrastran los vientos por la carretera...
Solos se quedaron en la blanca alcoba
del amor nupcial
y ella—cual si oyese mi angustiada trova—
huyó de los brazos de mi ruin rival.
quizás me recuerda; piensa en los amores
que gozamos juntos bajos los pinares...
recuerda mis versos, mi amor, mis dolores;
aún llegan a ella mis dulces cantares...
Mas no: me ha olvidado;
en la alcoba blanca ya no hay luz ni ruido,
todo está en silencio, todo está callado...
¡ya la he perdido!

Un vago perfume, cual nube de seda
flota en los jardines,
entre la arboleda,
y suaves, muy suaves, allá en la alameda
lloran los violines...
Emilio Pison

Flores y Espinas

Para el admirable escritor

B. Castrillo

«No conozco el valor del oro... ¿Sabes esos
quetal dicen lo amargo del jugo de mis sesos
del sudor de mi alma, de mi sangre y mi
(tinta,
del pensamiento en obra y de la idea en
(cinta?)
¿He nacido yo acaso hijo de millonario?
¿He tenido yo cirineo en mi Calvario?»

RUBÉN DARÍO

Castrillo: muchas gracias
por su prosa galana
modelo tan castizo
del habla castellana
que en la bella estructura
de sus vocablos tersos
hallo más armonía
que en mis rípidos versos.

Siguiendo su consejo,
no escuchan mis oídos,
de perras ni de perros,
discordantes ladridos;
marcho por mi camino
avanzando despacio
como marcha la luna
por el inmenso espacio.

La calumnia es la víbora
que todo lo envenena;
se alimenta mordiendo
en la conducta ajena
de aquel que la profiere,
y con diente maldito
no llega a calmar nunca
su insaciable apetito.

Más yo que estoy curtido
y casi acorazado
porque la ruda lucha
mi espíritu ha templado
como temple el acero
la forja toledana,
aplico a ese veneno
la siguiente tisana:

Gran dosis de paciencia
mezclada con desprecio:
reirme cuando escucho
los dichos de algún necio;
tener dulces coloquios
sólo con mi conciencia
y buscar en los libros
las luces de la ciencia.

No gusto de arrastrarme
lo mismo que los sapos,
ni de incultas mafezas
chulapescas de guapos,
ni soy de los que tienen
preparado el trabuco;
más tampoco he nacido
para ser eunuco.

¡Justicia!... bella diosa
ausente de la tierra
desde que el Egoísmo
la declaró la guerra,
y es difícil que vuelva
por estos andurriales
do se vive muriendo
sin fe y sin ideales.

Aquí, a orillas del Duero,
mi loca fantasía
sueña con otros mundos
de paz y de alegría
donde haya la Ortodoxia
de practicar el bien...
¡Ay, quien tuviera el estro
del divino Rubén!

Queridísimo Castrillo:
tal vez me encuentre serio
y diga que hoy mi lira
suena como un salterio,
que no es este mi estilo;
más yo quedo pensando
que hay quien llora de risa
y hay quien ríe llorando.

Mirtan

Aranda de Duero, Marzo, 1921.

CONSEJOS

Hermano poeta:

Deja pasar las horas en el desequili-brio constante del sentido común. ¿Por qué sufrir por esas cosas que son ne-cias aunque para tu sentimiento lleguen a lo sublime, cuando el alma de las pobres gentes las califican de tan ruin manera?

Es carrera loca que conduce a mal puerto.

Alguien, conocedor de las cobardías de los hombres, ha dicho con razón que es inútil arrojar margaritas a los puercos.

¿Por qué, entonces, trabajar, sufrir, hacer obras de bondad y de hombría, si en lugar de un aplauso has de en-contrar los latigazos brutos de los puercos de las margaritas?

En la vida solo existe una cosa difi-cil, ¡muy difícil!: saber vivir.

¿Vas a escuchar las frases cinicas de los exhombres que entienden por vivir mantener al estómago y abandonar al alma?

No, poeta, no.
Vivir es tener conciencia, hombría, bondad.

Y cuando un hombre puede llegar a la cumbre del desinterés, de la valen-tía, no es capaz de mirar fijo al llano; por no bañarse con el aroma de maldad que tiene la cobardía de los envi-diosos.

¡Lucha, poeta, lucha!
Pero sal de esta tierra sin sol, sin es-piritu, sin alma.

Que bajo nubes grises que encierran canalladas (por la cobardía de los po-cos hombres que rien maliciosos, pere que se someten a la incultura y a los intereses de los muchos ex hombres, porque han de vivir de alguna forma) no es posible hacer hablar a un cora-zón sencillo y noble, que todos rien lo que debieran de sentir.

Y cuando lejos de tu pueblo, le re-cuerdes cerrando bien los ojos, llora por tí y por él.

Por tí, porque te privó demostrarle todo tu cariño.

Por él, por que débilmente venció a su alma con las frases de payaso ridí-culo que expresaron los ex hombres que medran por las cobardías de los hombres buenos.

¡Pero canta, poeta, canta!

YORIK

Relojería, bisutería y encendedores

Pedro Rodríguez

Paloma, 2 y Cid, 16
BURGOS

Esteban Alvarez Lomas

Dará lecciones de Aritmé-tica, Algebra, Geometría, y Trigonometría.

Informes: En esta Redacción

"¡Ahí va eso!..."

He aquí una escena del paso de comedia en un acto, original de Eduardo Arasti.

ESCENA IV

Margarita y Alberto

ALBERTO.—Parece que estamos mudos, ¿verdad?

MARGARITA.—Sí, eso parece.

A.—Y lo es...

M.—¿Qué?

A.—No, nada... (Otra pausa). Diga-me, Margarita, ¿qué es de aquel célebre Marcona, poeta, músico, pintor y galán joven? ¿Le olvidó usted ya?

M.—(Suspirando). Sí, le olvidé. No sé donde se encuentra. ¡Era un buen muchacho!

A.—Era lo único bueno que tenía, porque como artista... ¡Oh, como artista era deplorable!

M.—Hacia muy bonitos versos.

A.—Y muy bonitos cuadros y llegó a escribir hermosas partituras. Pero... Era un niño artista.

M.—A mí me entusiasmaba.

A.—¿Tedo él?

M.—El artista solo. El hombre...

A.—El hombre era muy desgraciado... Lo más desgraciado que puede ser el hombre. Le faltaban treinta y cinco centímetros para llegar al metro y era parecido a Han de Islandia. ¡Caprichos de Natura, como diría él!

M.—Era muy melodioso!

A.—Como una flauta, sí...

M.—No tanto, Alberto (pausa).

A.—Usted, Margarita, sueña con los castillos de cristal, todavía.

M.—Sí, soy una soñadora que nadie me podrá comprender.

A.—Yo.

M.—¿Usted? No se ría de mí, Alberto. Usted pertenece a esa clase de hombres que han pasado por la vida tan corriendo, que en cada paso hallaron un desengaño de mujer;—de esas mujeres que van camino de dejar de serlo—y creen que todas somos como ellas y no merecemos sino las caricias que a ellas se las prodiga. ¡Vive V. engañado!

A.—Tal vez. Que muchas veces creemos ser una cosa y estamos muy distante de ella. Pero sepa V., Margarita que los clowns, muchas veces también, hacen masa con la harina que les cubre los rostros, porque suelen llorar mientras la muchedumbre aplaude una cabriola suya.

M.—Qué me quiere decir?

A.—Que no a todos aquellos que suelen reír a carcajadas les baña el corazón la alegría. Que muchas veces se ríe

para no llorar y se suele disfrazar de Arlequín para no sentirse reído bajo el cándido traje de Pierrot.

M.—No le entiendo.

A.—Y quiera Dios que tenga la suerte de no entenderlo nunca. Es de la mejor forma que se vive; no sabiendo nada, no reparando en nada. (Pequeña pausa).

Y es que la superficie de los hombres parece presentarnos el fondo. Hoy se repara más con los ojos que con el entendimiento. Y por eso, solemos aplaudir a los malos y burlar a los buenos. ¡Es triste condición humana de este siglo que encierra tantos sabios pero que carece de tantas obras!

M.—Sí, es verdad.

A.—Y por serlo tenemos tanta seda sobre nuestra piel y tantos harapos sobre el corazón. Hoy el mundo solo se divierte. Los pocos que trabajan descansarán muy pronto porque nada existe peor como escuchar los sonos del caudal ajeno, teniendo nuestra caja vacía... (Se oye la orquesta que toca un vals muy lento a larga distancia). ¿Oye V., Margarita?

M.—¡Todos se divierten! (Con pena).

A.—¿Y V. los envidia? Yo los aborrezco. ¿Por qué no se divierte V. también?

M.—Para mí cesaron todas las diversiones.

A.—Es V. joven, bonita...

M.—Sí, de cuerpo ya sé que yo soy muy joven. Pero ¿y de alma?

A.—(Burlonamente). ¿Pero tiene V. alma todavía, desgraciada?

M.—¿Y quién no?

A.—¡Ah, muchos! La mitad de las acciones que cometemos son contrarias al alma; si se cometen carecemos de de ella y si no carecemos de ella no podremos cometerlas nunca.

M.—Entonces no la tiene usted hace mucho tiempo.

A.—A los 16 años se la vendí al diablo.

M.—(Indignándose). ¡Jesús, José y María! Qué cosas se le ocurren.

A.—No se asuste usted... Digo que la vendí, por no decirle que una mañana, al despertarme, me encontré sin ella.

M.—Le ocurriría algo por la noche.

A.—¡Y grande! ¡Querer a una mujer!

M.—¡Ja, ja, ja! ¿Y sería bonita, verdad?

A.—No tanto como usted.

M.—¿Y usted la quiso mucho?

A.—¡Como usted quiso a aquel poeta!

M.—¡Entonces ha querido usted mucho! (Pausa. Como si se le agolparan los recuerdos).

A.—¿Por qué llora?

M.—Nada, no es nada.

A.—¿Algún recuerdo tal vez?

M.—Sí, un recuerdo...

A.—Perdóneme haberla recordado...

M.—No, de nada. Me gusta ver en lo pasado... Muchas veces, cuando empiezo a pensar, se me vienen a la memoria algunos versos y suelo sentir agua en los ojos. Son lágrimas de felicidad, de olvido...

A.—Entonces...

M.—¿Y dice usted que quiso mucho a una mujer?

A.—¡Mucho, mucho, con toda mi alma! Pero hoy, su recuerdo, en lugar de alegrarme suele entristecerme!

M.—¿Murió ella?

A.—Mejor hubiera sido. Así no me avergonzaría al pasar junto a ella. Si hubiera muerto, no conocería la cobardía de los hombres, ni los odiaría, ni mi carácter sería tan grotesco. ¡De lo que soy, ella tiene la culpa! ¡De lo que fui, tal vez el Destino!

M.—Parece que ahora es usted quien llora.

A.—No, los hombres no lloran con los ojos. Se avergüenzan solo. Y para no avergonzarse, suelen dar saltos y cabriolas y reirse de todos y no hacer caso a nadie. Por eso suelo parecer lo que no soy. (Margarita le mira con extrañeza). Usted está extrañada. Ya lo sé. Creía usted que solo los poetas sabían sentir y querer y hacer soñar. Yo no lo soy y ya me vé... Parece que estoy rimando sentimentalmente.

M.—Nadie le cree como es.

A.—Saberlo sería mi desgracia. Mientras me vean alegre y bailarín, despreciativo e insultante, todos me respetarán, o me temerán que es lo mismo. ¡Desgraciado el día que me vean llorar! La furia de todos se reirá de mí y caeré dolorido bajo las pisadas de los hermanos envidiosos.

M.—Dichoso quien aprende a fingir y a olvidar.

A.—Basta con fingir.

M.—¡Así han salido burladas tantas de su lado!

A.—Ni una tan solo.

M.—No se puede creer.

A.—Quienes piensan mal, no.

M.—Ni nadie.

A.—¿Y usted?

M.—Yo... yo... (Al ver que Alberto se le une mucho, corre por la escena). Yo no sé todavía. (Riéndose). Para creerle tiene que contarme lo de «aquella».

A.—Y usted a mí lo de «aquel».

M.—(Fingiendo enfado). ¡No le miente usted que voy a llorar!

A.—Igual me pasa a mí al recordarla.

M.—Empiece usted primero.

A.—No, usted.

M.—Usted.

A.—Bueno, pues... (Se aproxima él a ella y ella se va separando de él). ¡Pero estas cosas no se pueden contar por telégrafo! O se está usted quieta, o me callo.

M.—Ya estoy quieta.

A.—(Se aproxima cariñosamente y comienza la narración). Ella era bella. Él... no estaba mal del todo. Se querían como suelen quererse los pájaros, como suelen adorarse las flores. Un día... (Se aproxima cada vez más a Margarita hasta quedar abrazados). Tuvieron fieros celos; él de ella, ella de él. Y entonces, ¡oh, miserable vida!, aquellos seres que se querían tanto, que tanto se adoraban... (Al mismo tiempo que empiezan a abrazarse, Constanza, no vista por ellos, intenta salir a escena y al verlos abrazados se retira y grita). ¡Ay! (Al oír el grito, Margarita y Alberto se retiran avergonzados y confusos).

La función a beneficio de la Asociación de la Prensa

Con un lleno completo, con un murmullo que daba a la elegante salita de nuestro Teatro, realce maravilloso, se celebró el Viernes la función que aficionados de nuestra buena sociedad dedicaban a la Prensa local, en un noble y desinteresado altruismo.

Era el programa un atractivo grande, ya que en él figuraban dos obras, una de no pocas dificultades que vencer, y otra que era un boceto de comedia original del joven e inteligente escritor D. Eduardo Arasti. Además, Eduardo Ontañón, daba al público unas poesías en uno de los entreactos.

Nos pareció la representación de «Cobardías» perfecta tratándose de aficionados. Matilde Cifrián, luchó en su papel, con un arte y un dominio escénico admirables, diciendo la obra con una naturalidad y firmeza grandes.

Siempre muy segura, y comprendiendo el papel, encarnó a la maravilla su cometido. Fué ovacionada en varios mutis, y al final de la obra.

Blanca Rodado, deliciosa. Trabajó muy ajustada, y fué su labor muy maestra, diciendo con brío el papel en los momentos fuertes, y muy delicadamente en los pasajes de pasión de la obra.

Compartió con Matilde Cifrián las ovaciones, teniendo que besar los mutis.

Vicenta Mateo, declaró con sobriedad y gusto sus frases que fueron escuchadas por el público con agrado. Fué también saludada con aplausos de cuantos la vieron; Josefina Cifrián, dijo muy bien, serena y en dominio del papel que representaba, poniendo la justa entonación en sus frases que el público escuchó complacido, premiando con sus aplausos el trabajo de tan excelente «Nunú». Juanita Guerrero, en su corta intervención, muy guapa, muy sugestiva y muy artista. También oyó la aprobación del público.

De ellos, en primer lugar, Francisco Berbiela. Estuvo colosal. Sacó su papel muy airoso, oyendo en toda su intervención frecuentes muestras de agrado. En sus mutis se le ovacionó.

Arasti muy bien, muy a tono. Dijo el papel sin exagerarlo. Accionó correctamente y ajustado, aún cuando alguien juzgase de amaneramiento, lo que era exigencia de situación. Monedero salió airoso en su cometido, y venció lo difícil de su papel, con su amoldamiento y talento escénicos.

Todos escucharon grandes aplausos. El señor F. Berbiela, leyó unas delicadas composiciones del joven poeta Eduardo Ontañón que fueron muy aplaudidas, y que valieron a su autor salidas al palco escénico.

A continuación se estrenó «¡Ahí va eso!...», boceto de comedia en un acto de Arasti, muy bien escrito y pensado, en el cual se reveló el joven y entusiasta literato como una esperanza de nuestra literatura dramática, para la que posee condiciones y entusiasmos grandes.

El asunto se puede condensar en unas palabras.

Unas muchachas tienden un lazo a un joven que se las da de avisado y listo.

La astucia femenina vence al hombre, y éste queda trabado en redes tan deliciosas.

El autor dice su obra con algo de apostolado y predica con valentía unas palabras que son una gran verdad.

Como él las ha vivido y las vive, esas palabras son dichas por los personajes de la obra, muy en consonancia a como dice el joven autor en su vida de ciudadano alejado de farandulescas andanzas.

La representación, muy buena por parte de todos sus intérpretes.

Las señoritas de Rodado (B) y Cifrián (M) demostraron su flexibilidad artística haciendo estos papeles de tan

Cuando el invierno llega...

NOVELA

(Conclusión)

—No llores, Amparo, que al ver con lágrimas tus ojos, la vida parece que se ríe fuertemente, dolorosamente cínica.

—¡Hace bien, Emilio, hace bien! Porque yo he sido mala, ¡muy mala! Sabía bien que entregándome a un hombre deshacía toda tu vida, y tan perversa fui, ¡tan perversa! que me entregué a él, sin pensar en tu dolor inmenso.

—Eso no, Amparo, eso no...

—Sí, sí, Emilio. Esa es la verdad. Desnuda, vergonzosa. Pero la verdad misma. ¡Así he sufrido yo! ¿De qué me sirvió la satisfacción de mi capricho? Caí en poder de un hombre que llevaba la desgracia en la sangre y a mí me la dejó cuando marchó a otra vida.

—¿Murió?

—Para mí, sí...

Y callamos.

Yo parezco distinguir una historia llena de vicio y de pecado, y tiemblo mientras Amparo llora silenciosamente...

—No llores, Amparo. ¿Qué adelantas con ello? Nos equivocamos, ¿y qué? Nuestras tristezas, todo el sufrimiento pasado, será como una niebla densa que

pone un fondo gris a este nuevo capítulo de fealdad.

Amparo me mira sonriente.

Abre tanto los ojos para mirarme fijamente, que siento algo de miedo al contemplarla.

Sus manos y las mías se han unido.

Y escucho la voz mimosa de la muñequita blanca, rubia y rosa, que me dice confidencialmente:

—Yo te quiero, Emilio. Te quiero porque fuiste bueno marchándote con tu dolor y tu fracaso. Yo te he hecho descender desde las cumbres de tus quimeras locas, hasta el fango de la sociedad donde los mercaderes triunfan. Tu sentimiento se encontrará siempre en las alturas porque en ellas naciste.

¿Quieres que yo ascienda hasta tí para recoger flores en el camino de tus quimeras locas?

Yo no sé si es ilusión o realidad lo que escucho.

Miro a Amparo con extrañeza grande y ella ríe siempre, ¡siempre!

¿Qué es lo que quiere hacerme comprender ésta sonrisa bruja que se me mete por el alma llenando de locura todo mi cerebro?

—¡Amparo, Amparo!—digo—Angel o demonio, lo que sea. ¿Es que deseas que regrese a mi vivir primero? ¿Es que quieres enlazar tus manos con las mías y marchar en busca de los faran-

duleros que abandoné por tí? ¿Pero tí sientes arte, es que quieres burlarte nuevamente de mí?

—No, no deseo burlarme, quiero dar suelta a mi alma. quiero verla volar a su capricho y marchar tras ella apartándome de la ruta que las leyes de la sociedad marcan. Quiero ser libre, ¡libre! Cantar con las auroras y con los crepúsculos llorar. Quiero ser hija de la Bella Locura y escuchar la música de los cascabeles del amigo diablo. Quiero desasirme de ésta sociedad imbecil. ¡Quiero correr, volar para no ver más cobardías, más odios, más rastro de farsas!

¡Quiero seguir a mi alma, para acercarme a Dios!

Yo no sé lo que siento.

Abro bien los ojos y todo me parece mentira.

Mis manos caminan al azar y acarician los cabellos de Amparo.

Después...

Yo he notado en mis labios el dulzor de los de ella, y un beso fuerte, delicioso, ha sido como un pacto, como un sello de lacre en nuestra unión espiritual, romántica.

XV

He vuelto a la vida de mis días alegres.

Me acompaña Amparo.

Anoche debutamos con mi obra favo-

rita, «Bohemios» y ella, Amparo, triunfó por bella y por artista.

Yo...

Yo ya no me conozco.

He sentido las hieles del fracaso y Amparo se ha disgustado mucho, orgullosa de su triunfo.

Ha sido como una visita a una amada que se la encuentra vieja.

Yo he llegado abrazando a mis faranduleros, hermanos de la infancia, y mi sitio estaba frío, casi helado.

¡Horrible desencanto!

Confíaba en mis fuerzas y mi espíritu perdió mucho vigor. Era demasiado débil.

En silencio, entre las percalinas y los trastos viejos del tablado grotesco, he llorado como lloran los niños.

Me encuentro demasiado viejo.

Los aplausos que Amparo ha recibido, han herido mi alma. Siento humillación y vergüenza. ¡Que pequeño me siento!

Aunque Amparo me dice frases cariñosas, dándome esperanza, valor, yo siento que la vida se me derrumba de repente sepultándose.

¡Qué viejo me hallo!

Pasó mi primavera entre la niebla de los traficantes y ahora que quiero que regrese a mí, llega el invierno mofándose cruel.

¡Cómo nieva en mi alma!

¡Y qué ventisca se avecina dentro del corazón!

XVI

Yo ya no puedo más.

Es mucho este dolor de mi fracaso. Amparo triunfa reidora con su belleza y con su arte. El público la mima y los mimos la conceden orgullo.

Ya no me habla como me hablaba antes. Con todos ríe, para todos tiene frases galantes. ¡Para todos!

Menos para mí, que me insulta con sus silencios despreciativos, coquetados...

Soy para ella como un perrito a quien se mantiene por lujo.

¡Yo ya no puedo más!

Ha llegado el invierno dentro del corazón y el arte me desprecia.

Me voy como se fué la primavera de mi lado.

¡Adios, Amparo, sueño irrealizable, mujer, demonio o Angel, lo que seas! Me has usurpado el puesto y has conseguido herir mi corazón hasta romperlo en mil pedruzcos.

Te perdono, mujer.

Y que nunca teagas que besar al fracaso.

¡Que no sabes lo triste que es pasar por la vida cuando el invierno llega dentro del corazón!

Eduardo Arasti.

FIN

distinto parecido al que representaron en «Cobardías».

Son dos elementos artísticos de los que no se puede prescindir.

Arasti, de protogonista, dió a entender que sabe alternar las labores de actor con las de autor, pudiendo arrancar en ambas justísimos aplausos.

Berbiela, digno compañero del autor, dijo irreprochablemente su intervención en la obra.

Al terminar la obra, el público con sus aplausos llamó al Sr. Arasti al palco escénico a recibir el homenaje a su labor literaria.

El apuntador, Emiliano Arroyo, luchó como los buenos. ¡Bravo, Emiliano! Eres insustituible.

Carlos García Puccini, caracterizó muy bien a los personajes.

Esta fué a grandes rasgos la fiesta en la que tanto ha trabajado dirigiendo y organizando él solo, el entusiasta e inteligente aficionado, culto y digno capitán de Infantería Sr. Fernández Berbiela.

A todos enhorabuena. Y a la empresa del Teatro la expresión sincera de nuestro agradecimiento por su noble desinterés.

Dice el crítico de «El Castellano».

«Mucho nos complace que la juventud se sienta enervada por la vocación artística, pero por su bienestar deseáramos se curasen o aliviasen de tal dolencia. Más les valiera a esos jóvenes ingenuos, dedicar sus nobles anhelos a la captación de una credencial, o a la caza de una dote saneada, que todavía andan por ahí, muchachas con dinero y en estado de merecer»...

RESPUESTA

Para el crítico de «El Castellano»
(Por si sabe leer)

Incógnito colega. He leído tu juicio acerca de la función que se celebró el viernes, dedicada a la Asociación de la Prensa.

Yo siento con toda mi alma verme obligado a responderte, porque siempre fui enemigo de la discusión periodística.

Salvo con todo el respeto tus opiniones acerca de la labor de los actores, y me detengo con pena y con dolor ante uno de tus párrafos, hiel amarga, veneno sin antidotos, que obliga a beber a dos jóvenes, valientes, entusiastas y artistas, causándoles una risa triste en un artículo que debió nacer en ti en momentos de odio a tus semejantes, infringiendo uno de los mandamientos de la ley divina, que aconseja el amor de todos para todos.

A mí me parece muy bien, que quieras separarte hoy de una Asociación a la que hasta hoy perteneciste, si no tú, el periódico en que va tu firma de A. B. D., y me parece muy bien, repito, porque siempre creí en un principio social que ordena en paradoja el apartamiento de la fruta podrida de la fruta sana, para no corromper con pestilencias, fragancias que embalsaman el ambiente.

Yo se que tú no escribiste para el público, que no supiste de luchas y de inquietudes que traen consigo noches de desvelo ante unas cuartillas, sobre las que se pone un cariño paternal, desinteresado y noble. Yo sé que tú hablas porque te sentiste empujado ante una labor que juzgaste muy sobre tí y sobre tu cultura.

Te permites dar consejos que yo, en nombre de dos buenos amigos míos, te agradezco, y quiero darte a mi vez algunos por si te sirven, muy en humildad, sin tonos de apóstol, aunque con religiosidad.

Comprendo mi inferioridad sobre tí. Tú haces citas de autores que demuestran tu cultura y tu sabiduría literaria.

Yo no puedo permitirme esos lujos, y es muy posible que te cuente al final algo mío, tan mío como yo mismo, para no profanar recuerdos que pasaron por el mundo luciendo con esplendores de sol en las tinieblas de la vida, muy ajenos a profanaciones de una crueldad sin precedente.

Debiste empezar tu parcial reseña, diciendo algo del desinterés de una juventud que ha trabajado veinte días con un noble entusiasmo, sacrificándose no poco, y trabajando mucho, para corresponder a atenciones de una entidad (a la que hoy no perteneces) muy digna de esfuerzos mayores y arte más selecto.

Debiste seguir tu parcial reseña, dando las gracias a una juventud que tuvo un momento de agradecida, y pensó dedicarte un trabajo nacido del más santo reconocimiento hacia la Prensa burgalesa, en la que estabas incluido.

Si no te satisfizo la labor literaria de Eduardo Ontañón y de Eduardo Arasti, debiste poner en tu parcial reseña los defectos que hallases en una o en otra.

Yo estoy seguro que ellos, al leer tu nombre, *pregonado por las trompas de la fama*, hubieran seguido tus consejos en lo sucesivo, y así, me temo que has perdido un tiempo precioso, pues ya tu les propones algo que ellos no pueden aceptar, porque adivinan que les has debido preceder cuando afirmas con tal seguridad un remedio, sedante a un mal del que parece te condeules, incógnito colega.

Los dos autores son jóvenes, y luchan con entusiasmo y con nobleza. Gustaron las mieles de un arte que está muy sobre tí, y que no comprendes. Te agradecen la solución que les das, de *agarrarse* una credencial, y te ceden una empresa en la que no soñaron y soñaste.

El mundo en que viven está muy sobre el mundo de esa política que tu indicas, y te ceden privilegios en los que no soñaron, porque mientras tu los insultas, ellos rezan por tí (y por los que viven la rutina de ambiciones bastardas que son un freno a la cultura literaria), en plegarias que no comprendes, porque aun siendo cristiano vas contra la doctrina del Cristo Rey y Señor del mundo.

No buscan tampoco la resolución de sus ambiciones en unirse a una mujer cuyo dote les saque a flote en las borrascas de la vida. Te agradecen la indicación y te ceden la exclusiva (por si te vale) para todas tus empresas, creyendo firmemente habrás hecho uso de ellas, cuando con tal convencimiento las propones.

No se creen tan incapaces, que comprendan no tienen más solución que aquella que los cambie, de caballeros, en chulos de mancebas, como tú les propones muy en discreto. Todavía conservan unos brazos fuertes y robustos que pueden alzar a una frente sudorosa para enjugar un líquido que arrancó de ella el trabajo más noble y glorioso.

Yo se que ellos han sufrido ante tus palabras un tormento de incertidumbre. No es humano, digan lo que digan tus secuaces y el coro que te acompañe; no es humano, repito, echar sobre el cuerpo vivo las tierras de sepulcro destinadas a cubrir la carne muerta.

No se puede ser de una crueldad tan manifiesta para unas ilusiones que son en los hombres tan naturales como lícitas.

Nada es perfecto en lo humano, y es muy justo que las imperfecciones se intenten corregir en tonos que no siguen para siempre los nobles anhelos del que las cometió.

El papel más sanguinario es el del cuervo, que se lanza sobre los cuerpos sin vida para saciar en ellos un hambre y un instinto que repugnan grandemente. Respetan la vida y no van contra ella, van cuando la vida huye, cuando el fragil barro humano vuelve al barro y nadie puede ser más que lo que fué. Pero querer ser cuervos cuando la vida alienta, quererse ceban en ilusiones que nacen, antes de que mueran, ofreciendo remedios que son crueles latigazos y escarnios manifiestos, eso nadie lo puede aconsejar, ni nadie puede ver impa-

sible sin que bullan en su alma gritos de protesta y de rebeldía.

No es en un acta de diputado, no es en una mujer que aporte un caudal considerable, donde buscan la gloria los que escriben, ni la fuente que calma la sed del que camina por senderos del arte literario. Precisamente ese arte le aleja de esas pequeñeces en las que piensa A. B. D., crítico implacable.

Los que gustaron esas mieles, no pensaron al darlas al público en que hubiese cuervos. Creyeron que solo había en el mundo hombres que supiesen leer, y que comprendiesen el amor y el esfuerzo que pusieron en sus obras.

Voy a terminar, incógnito colega, refiriéndote un cuento que nació en mí, para no molestar con el recuerdo la memoria de muchos que duermen el sueño eterno después de haber sido pasto de los cuervos.

Eran dos amigos, muy amigos. Los dos eran escritores, es decir, escribían ¿me entiendes?

Uno de ellos era malo, muy malo, y el otro era bueno, no muy bueno, pero bueno.

El malo era muy leído por el público. Le pagaban muy bien y se le alababa mucho; pero el bueno no conseguía publicar lo más mínimo.

Un día este último llegó muy contento, gozoso, satisfecho del vivir, ante su amigo y le comunicó que le habían admitido unos versos en una muy importante revista y que se los pagaban muy bien. Al día siguiente, el malo, pudo comprobar la veracidad de las palabras de su amigo.

Pero ¡oh dolor! los versos eran un anuncio, una propaganda de una tienda o almacén de piensos, salvados y semillas.

—¡Pero hombre! ¿cómo has hecho esto?—decía el malo—¿no te da vergüenza?

—¿A mí? ¡No! Tuve que agarrarme al pienso para comer, y ya se que con el pienso podré satisfacer las exigencias que antes no podía.

Y desde aquel día vivió de sus versos, y tuvo el placer de verlos en letras de molde.

Moraleja: A ningún escritor le falta un almacenista a quien anunciar, en los momentos de modorra y de hiel amarga.

¿No pega la moraleja? ¡Paciencia!
VIRGILIO RUIZ

Notas del repórter

Ha dado a luz con toda felicidad un hermoso niño, la distinguida señora del exdiputado provincial don Francisco Sierra, querido amigo nuestro.

Reciban los señores de Sierra nuestra cordial enhorabuena.

—En atento B. L. M. hemos sido invitados a la solemne Fiesta del Arbol, que tendrá lugar hoy a las tres y media de la tarde en el hermoso paseo de la Quinta

El nuevo Gobierno

Presidencia, Allende-Salazar.
Gobernación, Bugallal.
Guerra, Eza.
Marina, Fernandez Prida.
Instrucción Pública, Aparicio.
Hacienda, Arguelles.
Trabajo, Lizárraga.
Gracia y Justicia, Pinies.
Fomento, Cierva.
Estado, Lema.

Al cerrar la edición

En estos momentos se está celebrando con gran solemnidad en nuestra Catedral, la imposición del solideo al eminentísimo cardenal Benlloch, arzobispo de esta archidiócesis.

Muy cariñosamente enviamos nuestra felicitación al eminente purpurado.

Establecimiento de vinos y comidas

DE

— PEDRO BRIONES —

PLAZA DEL GENERAL SANTOCILDES, 1



Platería-Bisutería-Artículos de piel

HIJOS DE PIO FERNANDEZ

DUQUE DE LA VICTORIA, 20 (frente a la Catedral).

TELÉFONO 475

Grandes existencias en artículos propios para regalos; en plata alemana; en biertos plata de ley; carteras y billeteros piel, con aplicaciones de plata, en lo modelos más finos y elegantes.

Sortijas, alfileres, cadenas, medallas, bolsos de plata, pitilleras plata esmaltadas etc. etc.

Precio fijo verdad, marcado en cada artículo

CLINICA DENTAL

DE

D. EUSEBIO MORANCHEL

ESPOLÓN, 2-4

Regente: D. GABRIEL SALA
DENTISTA

Especialista en las enfermedades de la boca. Dentaduras montadas en caucho y oro. Puentes, sistema americano, dientes de espiga, coronas (muelas) y dientes de oro, desde 25 a 1.500 pesetas.

Dentaduras completas, desde 125 a 600 pesetas.

ALMACEN DE PAÑOS

Plaza Mayor, 22 y Mercado 1.

Gran existencia en toda clase de géneros de tantasia para Caballeros y Señoras. Géneros para uniformes Eclesiásticos militares y colegiales.

La norma de esta casa es la economía. Visítadla y os venceréis.

Elias López Marcos

LIQUIDACION VERDAD

LA CONCEPCION

VALDIVIELSO Y ENEDAGUILA.—Calles de Madrid y San Pablo

Fabrica de camas y somniers.—Callees mecánicas de carpintería

Fuerte y práctica cama, con somniers tejido doble y cables cruzados a = 35 pesetas

Ventas al por mayor y menor

PARA VINOS SELECOS, VISTADO

BODEGAS BURGALASAS

— DE —

--ARROYO--

Depósito en la Alhóndiga, núm. 38. Escritorio y despacho: Plaza de Vega, 27

